

## EL ÚLTIMO PARTIDO

**Julia Rincón Valadez**

Eran las 11:25 de la mañana y las nubes se apelotonaban por encima del patio del recreo amenazando lluvia. A pesar de ello hacía calor y Lola se lamentaba no haberse traído de casa una botella de agua, porque después del partido iba a necesitarla y la fuente del patio siempre estaba abarrotada de niños de primero que jugaban con ella.

Parecía que la profesora de matemáticas quisiera dar todo el temario del curso en aquella hora, y nada más lejos de la realidad, pues se acercaban los exámenes de suficiencia de junio y los alumnos con matemáticas pendientes se estaban ya poniendo nerviosos. Lola, sin embargo, prefería mirar por la ventana que tenía vistas al patio y así contemplar las clases de Educación Física. Le parecía emocionante ver en directo cómo encestabán las pelotas en baloncesto, cómo las remataban en voleibol y cómo las chutaban en fútbol, pues desde su ventana tenía la perspectiva perfecta para ver los mejores goles. Una vez llegó a meterse tanto en una jugada que se levantó en medio de su clase gritando “¡Falta!” e interrumpió la explicación de la guerra del 98, lo que le costó el rubor de sus mejillas y un posterior cambio de pupitre. Pero es que le resultaba inevitable girar la cabeza cuando escuchaba el silbato del profesor al marcar los tiempos en el test de Cooper, o cuando tiraban el bate al suelo después de haber lanzado la pelota de béisbol, a veces tan fuerte que había llegado a sobrepasar los muros del instituto.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando le vibró el móvil. Había aprendido a ponerlo en silencio tras innumerables broncas. Era un mensaje de Susana: “¿Hoy tienes partido?” Lola levantó la cabeza, miró a su amiga y asintió. De mala gana Susana le volvió a escribir: “Vale, tía, pero tampoco te olvides del ensayo del baile para fin de curso” “Que no, hoy es la semifinal, si ganamos, solo nos quedaría el partido de mañana contra los profesores”. Era por lo menos la quincuagésima vez que se lo decía esa semana. Susana parecía haberse quedado más tranquila, aun con cara de “esta chica no tiene remedio”.

Apuntarse a la Liga Interna del instituto era de las mejores cosas que había hecho Lola ese año. No sólo reforzaba lo que aprendía por las tardes en el polideportivo, sino que sin darse cuenta había conocido a casi todo el instituto entre partido y partido. En la Liga Interna un equipo representaba a cada clase y a lo largo del curso se iban disputando partidos para determinar al final qué clase era la mejor en fútbol, baloncesto, voleibol y béisbol.

Las manecillas del reloj ya se acercaban a dar las 11:30, cuando llegaba el momento del ansiado recreo. A las aulas ya entraba el olorillo de los bocadillos de tortilla casera que Manuela preparaba para los alumnos, ¡así no había quien se concentrara! A todos les rugía el estómago de una manera espantosa, incluso a la profesora, por lo que concedió los últimos cuatro minutos de su clase. Los alumnos salieron escopetados por la puerta, ni se molestaron en guardar los bolígrafos en las cartucheras ni los cuadernos en la mochila. Con una carrerilla, Lola fue de las primeras en llegar a la cafetería y pidió su rutinario tentempié de media mañana junto con el de sus amigas. Qué bien le iban a sentar el zumo y el bocadillo después del partido.

Sus amigas la acompañaron a la pista de voleibol y se sentaron en los escalones que hacían las veces de gradas. Lola se quitó las pulseras y el reloj y empezó a calentar un poco los tobillos mientras que Susana les contaba los últimos cotilleos sobre el chico que le gustaba. Pasados cinco minutos, fueron llegando los contrincantes de 3o C de una forma majestuosa, imponiendo respeto. Parecía que caminaban todos en una coreografía marcada, a cámara lenta, como en una película. El equipo de voleibol de 3o C era maravilloso. Contaba con los chicos más corpulentos del instituto, que remataban los balones con una fuerza sobrenatural. Lola no se atrevía a recibir ninguno desde la última vez que lo intentó, pues aquella vez no tenía los brazos estirados y se dio con el balón en toda su pobre cara. Y además la nariz le estuvo sangrando hasta que llegó a casa. Sofía Jiménez, la semimastodonte que

le lanzó esa pelota, era tan bruta e imponía tanto respeto que nada más tocar el balón hizo que un escalofrío recorriera la nuca de Lola.

- Ya sabéis chicos, quiero juego limpio –nos recordó el profesor de Educación Física, que hacía de árbitro– y gana el que más puntos consiga hasta que toque el timbre del recreo.

Lola se recogió el pelo con una goma gruesa, dio pequeños saltitos y empezó a notar cómo su corazón empezaba a bombear la sangre más rápidamente. A suertes, le tocó a 3o C sacar, y para disgusto de Lola fue Sofía Jiménez la encargada de hacerlo. Realmente esa niña parecía un pitbull que miraba un filete recién hecho. El silbato del profesor sonó y Sofía lanzó hacia arriba la pelota para seguidamente golpearla con la mano derecha. Instintivamente, Lola cerró los ojos, pues volvía a verse la pelota en su cara. Pero cuando los abrió descubrió que la pelota había dado con la red y el saque tenía que volver a repetirse. En este segundo saque se armó de valor y siguió toda la trayectoria de la pelota, que fue recibida en los fibrosos antebrazos de Juanillo. Lola corrió y mientras Teresa le colocaba la pelota dio un salto que la dirigió a mitad de la red y finalmente remató la pelota que marcaría el primer punto para su equipo. El resto de su clase gritó de la emoción desde los escalones, incluida Susana, a quien con tanto jaleo le habían tirado sin querer un zumo en la camiseta.

El equipo de Lola no volvió a marcar un punto pasados 10 minutos, pues aquel comienzo había sentado muy mal a los magníficos alumnos de 3o C y no perdieron tiempo en ponerse las pilas. Hubo saques buenos, remates malos, caídas e incluso una pequeña tángana a causa de un punto dudoso, que finalmente resultó para 3o C. Cuando cambiaron de campo, 3o C les aventajaba 15-3. Teresa empujó a Carlitos Brown, de 3o C, por haberse reído de su forma de sacar y los dos fueron inmediatamente expulsados del partido. La cosa cada vez se ponía más interesante, incluso el tiempo atmosférico parecía querer ponerles más nerviosos, pues había empezado a lloviznar. Las gotas de agua se mezclaban con el sudor de los alumnos. Lola sentía el apoyo de su clase, y marcó otro punto más. 15-4. Le gustaba sentir cómo impulsaba su cuerpo y rematar la pelota suspendida en el aire, siempre y cuando no fuera bloqueada por Daniel y Samuel, dos gemelos larguiruchos especializados en sabotear las jugadas de Lola. Cuando Lola sacaba se ponía aún más nerviosa, porque lanzaba muy suavemente y apenas suponía alguna complicación para el equipo contrario. De esa manera Lola casi regaló un par de puntos a 3o C. “¿Qué hora será?” Se preguntaba Lola con desesperación. El recreo tenía que estar a punto de terminar y raro era si el profesor no había suspendido el partido, pues la lluvia cada vez era más y más fuerte. Juanillo remató la pelota un par de veces, ambas refutadas por la corpulenta Sofía. En el último lanzamiento de ésta, Lola respiró hondo y se dirigió corriendo a recibirla con sorprendente éxito y devolvió la pelota al campo contrario con la mayor fuerza que le permitieron sus brazos. La pelota estaba a punto de alcanzar el suelo cuando, sin previo aviso, sonó el timbre del recreo.

- ¡No!

- ¡17 a 14! ¡El partido ha terminado, a clase! –ordenó el profesor de Educación Física– Enhorabuena, 3o C, mañana disputáis la final contra los profesores, preparaos para perder, ja jaja.

Lola no podía creérselo. Permanecía de pie, mirando la red y empapándose por momentos. De fondo escuchaba los vítores de la clase contrincante, que cantaban sin cesar “¡Campeones, oé, oé, oé!”. Los de primero se amontonaban en la fuente, y Lola ni siquiera pudo ir a beber. Susana la despertó de sus pensamientos al devolverle las pulseras.

- Hey, lo siento, pero habéis jugado muy bien, de verdad –intentó animarla Susana.

Lola también pensaba que habían jugado genial, incluso una parte de ella estaba convencida de que su equipo iba a ganar. Tampoco tenía por qué sentirse tan sumamente triste, era simplemente la Liga Interna de un instituto, pero aun así, ni ella ni el resto de los componentes de su equipo abrió la boca el resto de las horas que quedaban de clase.

Al día siguiente Lola se despertó de muy mal humor. No solo tenía que haberse quedado hasta tarde estudiando para el examen de matemáticas, sino que iba a tener que soportar durante los intercambios de clase de toda la mañana la expectación de 3o C a causa del partido. Se lamentaba junto a sus compañeros de la falta de tiempo en el partido de ayer y Teresa se quejaba de la decisión del profesor al echarla. Cuando sonó el timbre del recreo 3o B, la clase de Lola, se fue al otro lado del patio para comentar el examen de matemáticas y para mantenerse lo más alejados posible del último partido de voleibol. Lola y Juanillo discutían sobre la solución del tercer problema del examen cuando una figura grandota les tapó el sol que había comenzado a brotar de entre las nubes.

- Nos faltan dos –dijo Sofía con determinación– Samuel se ha puesto con fiebre y el profesor sigue sin dejar jugar a Carlitos Brown.

A Teresa se le escapó una risita, mientras que Lola y Juanillo se miraron.

- ¿Qué quieres, que juguemos con vuestro equipo? –preguntó Lola entre molesta y entusiasmada.

- Pues nos haríais un favor. Creo que vosotros dos jugáis muy bien.

Lola y Juanillo no pudieron rechazar la propuesta y aún con vaqueros se metieron en la pista.

Todavía quedaban pequeños charcos de la lluvia de ayer y Lola temía caerse en alguno de ellos. Esta vez no estaba igual de ilusionada, pero le venía bien pelotear un rato para despejarse de las agotantes horas que había dedicado al examen de matemáticas.

El partido comenzó y se respiraba un ambiente algo tenso, pues los de 3o C no querían dejarse ganar, pero no olvidaban que eran los del equipo contrario los que ponían las notas de sus evaluaciones. Lola se quedó muy sorprendida por el profesor de Historia, pues le creía un cuarentón oxidado y resultó ser muy ágil en sus movimientos, al igual que con la profesora de Química, que parecía haberse tomado algún compuesto de su laboratorio, pues la fuerza que demostraba en los saques era cuanto menos inesperada.

Aún con la sorpresa del estado físico de personas que les triplicaban la edad, 3o C iba ganando 1814. Juanillo era un excelente recibidor de remates y el resto del equipo estaba siempre atento a lo que él hacía. Una vez, Lola y Daniel bloquearon un poderoso remate que venía de los brazos musculosos del profesor de Educación Física.

- Lola, voy a tener que decirle a Samuel que aprenda a bloquear como tú, ¡qué impulso, chiquilla!

Lola le sonrió, eran tan graciosos estos gemelos, que se había olvidado lo mucho que llegó a odiarles el día anterior.

El partido terminó a favor de 3o C, no sin antes haber presenciado caídas en los charcos. Lola y Juanillo habían ayudado a ganar a aquellos que les habían derrotado y además acabaron llenos de barro. Pero realmente no les importaba demasiado, la verdad es que habían pasado un buen rato. 3o C estaba que no cabía de gozo y toda la clase gritaba y saltaba y se pasaron el resto de la mañana cantando por los pasillos. En uno de los intercambios, Daniel y Sofía se acercaron a 3o B para agradecerles su ayuda, dejando sin querer un saborcillo agridulce.

Al finalizar el día, a la salida del instituto, Lola se disponía a ponerse los cascos para emprender el camino de vuelta a su casa cuando unos dedos tintinearón en su hombro. Era Sofía y le estaba sonriendo.

- Oye, tú para el año que viene ¿qué vas a escoger como asignaturas? –le preguntó.

- Pues supongo que las de Ciencias, me ha ido bien este año –Lola no sabía qué era lo que Sofía pretendía. - Eh...oye, pues probablemente estemos en la misma clase ¿eh? Podríamos estar juntas en el equipo de voleibol.
- Ah, claro, mujer.
- Y podría enseñarte a estirar mejor esos bracitos que tienes –se rió tímidamente.
- Huy, por favor, me vendría de maravilla –Lola también se rió.

Ambas compartieron una pequeña charla sobre temas banales y al final, Sofía le comentó que le habían regalado una red de voleibol y que se moría por probarla en la playa. Una revancha extraoficial pobló los pensamientos de Lola, aparte de querer aprender nuevas formas de saque con Sofía. Sí; iba a ser un verano divertido.